
Ciudades y sostenibilidad: lo importante son las preguntas

Manuel Mostaza Barrios

Como nos recuerda el poeta polaco Adam Zagajewski: «En ciudades ajenas venimos al mundo / y las llamamos patria». Nacido en la legendaria Leópolis, una ciudad que ha pertenecido a varios Imperios o Estados en los últimos dos siglos, Zagajewski ejemplifica en sus escritos y en su vida la compleja relación entre la ciudad y su entorno, tanto desde el punto de vista cultural como desde ambiental. Si la ciudad es la negación del campo, como escribió en su día Ortega y Gasset, la modernidad se ha construido sobre espacios urbanos en exclusiva, relegando al mundo agrario a un papel secundario. Esto no debe confundirnos ni debe dejarnos seducir por los papanatismos que dominan una parte importante del debate público sobre la ciudad. Las ciudades siguen siendo entidades complejas, heterogéneas y tan fascinantes como difíciles de aprehender en su totalidad. Construcciones socioculturales de las que, en el fondo, no sabemos casi nada. Cada vez más gente quiere vivir en las ciudades y sabemos que ese factor de atracción

se ha ido acelerando con la llegada de la globalización, pero es una atracción que viene de lejos. Cuando caminamos sobre las calles de cualquier ciudad del entorno mediterráneo lo hacemos sobre siglos o incluso milenios de vivencias e interrelaciones que han configurado el paisaje que hoy conocemos. Pisamos fantasmas, aunque no seamos conscientes de ello; fantasmas que nos precedieron en la organización y uso del espacio que ahora habitamos. Aquellos fantasmas fueron a la ciudad porque, como sabían todos desde el inicio de los tiempos y reconoce de manera hermosa el preámbulo de nuestra Ley de Bases del Régimen Local, «el aire de la ciudad hace libre al hombre». Esa es una de las características que no ha cambiado de la ciudad desde el inicio de los tiempos: el lugar en el que te encuentras a cada paso con desconocidos, desde la tienda en la que compras, el taxi que te lleva o la oficina a la que entras. Estas posibilidades de colaboración entre desconocidos, algo que apenas ocurre en el medio rural, es clave para entender la pujanza de las ciudades, entornos líquidos, frente al estatismo de las pequeñas comunidades, en las que es fácil cambiar de trabajo, cambiar de amistades y cambiar de vida. Y quizá ahí resida gran parte de su atractivo.

También en esto hay modelos, claro. Y grados. Frente a las jermiadas de gran parte de los estudios de los organismos internacionales, que nos hablan de un apocalipsis de megaciudades en pocos años, está el modelo europeo de población del territorio; un modelo basado en una malla de ciudades de tipo medio, cercanas y bien conectadas entre sí. No es extraño, por lo tanto, que ninguna de las grandes ciudades del mundo sea europea, y que gran parte de las más grandes no hayan sido fundadas por europeos, con excepción de la ciudad de México. En Occidente, las ciudades son un producto del sur. Frente a polis como Cádiz, Roma, Atenas o Alejandría que miden su antigüedad por milenios, Berlín es una ciudad reciente, fundada en el siglo XIII, apenas un par de siglos

después de Varsovia o Moscú, por ejemplo. Las monarquías ibéricas jugaron también un papel importante en el ámbito de la ciudad: sobre la base de la creación de ciudades se estructuró la conquista española de América a principios del siglo XVI, tal y como recogen las legendarias Ordenanzas de Valsain (y sobre la base de esas ciudades se gestó la independencia, como ha demostrado en estas páginas el profesor Manuel Lucena). El problema es que el relato internacional de las ciudades ha sido escrito en su mayoría desde un ámbito cultural anglosajón, poco dado a interesarse por textos de la materia que estén escritos en castellano.

Acercarse al mundo de las ciudades, y con ello al difícil reto de la sostenibilidad, exige por lo tanto un importante grado de humildad y de paciencia. Además de una apertura de miras que se intenta recoger en este número de Revista. Cuenta Svante Pääbo en su apasionante crónica de la búsqueda del ADN del hombre de Neandertal, que una de las claves de su éxito fue, cuando puso en marcha en 1997 en Leipzig el Instituto Max Planck de Antropología Evolutiva, construir un lugar de trabajo abierto en el que convivían expertos de disciplinas diferentes y poco dadas a hablar entre sí, como podían ser la genética, la primatología o la lingüística. Uno de los problemas que tiene acercarse a la ciudad como objeto de estudio es que siempre se ha abordado desde perspectivas limitadas y, desde luego, poco amigas de dialogar entre sí. Demasiada fascinación por los números y poca atención a lo cualitativo. Por eso en este número se ha apostado por reunir especialistas para dialogar sobre las ciudades desde épocas y desde ópticas diferentes, abordando temáticas que están relacionadas entre sí y que se interrogan sobre problemas similares. Están presentes aquí en los diferentes artículos gran parte de las lógicas que nos permiten entender el funcionamiento de una ciudad: a la lógica del arquitecto, en este caso Paco Somoza, se le suma la lógica del político –Joan Clos, exalcalde de Barcelona– junto con la del his-

torizador –Jesús Fuentes y los problemas del Toledo actual– y la del sociólogo –Juan Menor y la ciudad global–, para terminar con la lógica de la digitalización que parece transformarlo todo, en este caso de la mano de uno de los mayores expertos españoles en el tema, Miguel Ángel G. San Román. Las ciudades son redes dotadas de miles de nodos imposibles de entender si no las miramos a la distancia adecuada. Cuando abordamos el reto desde esa distancia, la que compone el diálogo entre todos los autores, entendemos que, en realidad y como nos enseñó ese europeo triestino que es Claudio Magris, lo que nos ayuda a avanzar son las preguntas que nos planteamos, más que las respuestas que ofrezcamos. Si Adam Zagajewski ha sido, desde la periferia, uno de los grandes poetas de nuestra época, fue Claudio Rodríguez otro poeta, también periférico, el que nos enseñó en uno de sus mejores poemas que en realidad «Todos llevamos una ciudad dentro». Y quizá por eso nos cuesta tanto comprender la ciudad. ¿O es que alguno de ustedes, desocupados lectores, se conoce bien a sí mismo?

M. M. B.